



LA CUESTACION DE JUEVES SANTO.

Oyente, si tú me ayudas
Con tu malicia y tu risa,
Verdades diré en camisa
Poco menos que desnudas.

QUEVEDO.

Vamos á trazar á grandes rasgos un cuadro de costumbres de actualidad. ¡Y por Dios que no sabemos con qué tintas cargar nuestra paleta! Quisiéramos presentar dos figuras, que aun cuando para muchos son iguales, son tan distintas, que se rechazan la una á la otra. La Caridad y la Filantropía.

Cuando la filosofía del siglo pasado trastornó todas las creencias, y semejante al ángel rebelde, echó sobre la obra de su ignorancia y de su orgullo una mirada de satisfacción y de alegría, conoció, sin embargo, que le faltaba algo á aquella obra de destrucción. La insociabilidad de sus doctrinas debía comprometer su duración: vió que siendo el egoismo el principio de su organización, había roto todos los vínculos que unen al hombre con el hombre: comprendió en fin que había sofocado en él todos los sentimientos, cuyo auxilio no pueden repudiar la debilidad

de su larga infancia y las miserias de su vida. Este resultado de los preceptos de la escuela enciclopédica era lógico é inevitable.

La irresistible progresión de estas fatales ideas aterró á la filosofía. La sociedad, parándose á la entrada del árido desierto que querían hacerle cruzar, podía romper el yugo que le imponían, y sustraerse al influjo de semejantes doctrinas por el hastío que inspiran. La filosofía pensó seriamente en crear una virtud, ó á lo menos una práctica, cuyo origen estuviese en el egoismo, y que sin embargo satisficiera algunas de las necesidades sociales del hombre, halagando al mismo tiempo su amor propio y su orgullo. La filantropía fué llamada á resolver este problema: su destino era reemplazar á la caridad cristiana; como si dependiera de los hombres cubrir los vicios de la tierra con la blanca túnica de las virtudes celestiales! Pero la filantropía y la caridad nunca han podido confundirse: en ambas doctrinas ha quedado profundamente estampado el sello del principio de que emanan, formando en la moral dos polos opuestos con un carácter especial, cuyo punto de convergencia no puede hallarse, porque no existe. La filantropía se glorifica con

46 DE MARZO DE 1856.

sus propias obras; la caridad al contrario se desconoce á sí misma, y sigue el precepto del divino legislador que ha dicho: *que tu mano izquierda ignore lo que ha dado la derecha: si haces una buena accion y te jactas de ella, tú te habrás pagado á tí mismo.*

Este es el sentimiento de la caridad, hacer el bien en secreto y por sí mismo; y el de la filantropía hacer el bien públicamente y por su propia conveniencia: así se explican de un modo lógico el carácter y los fines divergentes de la filantropía y de la caridad.

Si se pidiese á las artes la personificación alegórica de estas doctrinas opuestas, sería menester representar á la filantropía bajo la figura de un anciano, que va públicamente derramando algunas monedas de oro, á fin de que no piensen en robarle el tesoro que lleva en el seno; y á la caridad bajo la de una virgen con los ojos vendados y la mano abierta.

La caridad ha formado en Madrid una asociacion de las mas nobles señoras, que con el mas puro sentimiento, todos los dias descenden, llevando en los labios la sonrisa de la esperanza, al asilo, donde yacen entre los dolores y los infortunios de la abandonada infancia, las víctimas de la corrupcion de la sociedad, rechazadas por sus padres en el momento de nacer. La caridad cristiana brilla con toda su celestial belleza en esta asociacion, cuyo objeto no adivina la filantropía, porque no comprende su valer. Pero las señoras, que conocen el siglo *positivo* en que vivimos y en que desgraciadamente están debilitadas las creencias origen de la caridad, no desdeñan, porque su fin es el hacer el bien, acudir á la filantropía y arrancar de los sectarios de esta lo que no darian á la caridad que desconocen.....

Insensiblemente vamos haciendo una meditacion cristiana, cuando lo que nos proponemos es pintar un cuadro de costumbres. Manos á la obra, y veamos á ver las figuras que salen de nuestro pincel.

Estamos en Jueves Santo. Ha cesado todo ruido. El mundo permanece en silencio. No se oye en lo alto de las torres el tañido de las campanas, ni en las calles el rumor de los coches. La democracia ve por solo este dia realizados sus ensueños. El grande y el pequeño, el poderoso y el miserable, todos andan á pié. Todos tienen un solo punto á donde ir, porque las diversiones han cesado, las sociedades se han interrumpido: están cerrados los tribunales, las oficinas públicas, la asamblea; solo están abiertos los palacios del pobre, los templos. ¡Allí acuden todos á rodear el sepulcro del que hace diez y ocho siglos anunció por la primera vez, á la tierra oprimida bajo el yugo de Tiberio, la libertad, la igualdad, la fraternidad verdaderas! No esa libertad, esa igualdad y esa fraternidad con que abusando los hombres en diversas épocas han cubierto de sangre la tierra.

En cada templo hay, cerca de la puerta, una mesa en donde una señora, elegantemente vestida, rodeada de unos infelices niños cruelmente abandonados por la sociedad, implora la caridad del cristiano, excita la filantropía del incrédulo. Ingeniosas para el bien se dirigen á todos los corazones, á aquellos en quienes domina la caridad de Jesus y á aquellos que en este dia quieren ostentarse generosos en hacer el bien.

La bandeja que tienen delante de sí está llena de monedas de plata, brillan algunas de oro, y se ven tambien de esos papeles delgados que con tres firmas representan un valor superior á la plata y el oro. Jóvenes elegantes, con rostro alegre y risueño, hombres de edad madura y continente grave, acuden presurosos á llenar la bandeja y recibir una graciosa sonrisa de la elegante custodiadora en pago de su ofrenda. ¿Qué acceso de caridad ó de filantropía se ha apoderado de los cristianos y de los hombres de mundo en este dia? ¿Estamos en los tiempos de los primitivos fieles, en que se agolpaban para depositar sus bienes al pié de los apóstoles, para el sosten de la nascente sociedad cristiana? ¿Por qué hoy y no otros dias acude la juventud y la ancianidad á entregar su ofrenda para la desvalida infancia, en manos, no del apostol y sus sucesores, sino de esa linda y engalanada señora, cuya sonrisa al recibir-

la es capaz de distraer al mas austero de los tristes misterios que en aquel momento, cubierta de dolor y de luto, celebra la iglesia?

¡Hay en esta generosa cuestacion como en todas las cosas del mundo hay, lo que en los teatros antiguos llamaban los romanos *el Deus ex machina!*

Todas esas gentes que depositan sus limosnas para la desvalida infancia van impulsadas, arrastradas, por anticipadas invitaciones de las señoras, cuyo celo es tan ingenioso como superior á todo elogio, y aun así no es poco el mérito que contrajeran los filántropos si lo hiciesen por Dios, pues los trabajos, fatigas y pasos que les cuestan ademas de los gastos, son para algunos de consideracion.

Unos cuantos dias antes de la Semana Santa, en todas las tertulias, en todas las sociedades hay una misma y única conversacion. La señora de la casa dice á sus tertulios, visitas y conocidos: el Jueves Santo de cinco á seis de la tarde pido para las niñas de la inclusa en S. Sebastian. ¡Con que no lo olvide V.!!

Como cada cual no limita su trato únicamente á una casa, que concurre á muchísimas, y en todas oye la misma idéntica y sempiterna invitacion, le hace el mismo efecto que la papeleta del cobrador de contribuciones, cuando anticipadamente nos avisa, que dentro de tres dias pasará á domicilio á cobrar la cuota señalada ó por contribucion ordinaria; ó por los anticipos, que se van haciendo ya tan ordinarios como las mismas contribuciones.

Y ya que hablamos de papeletas, no podemos menos de alabar la feliz ocurrencia de algunas señoras que no contentas con poner en contribucion á los que se colocan bajo el fuego de sus ojos, llevan la persecucion hasta el interior de las casas de los perezosos y poco amigos de visitas. Una papeleta impresa viene á sorprenderle á uno en su casa, participándole que la señora de tal ó cual pide para la inclusa en S. Marcos de tres á cuatro de la tarde. ¡Después llega otra papeleta igual, y otra, y otras!!.....

¿Qué hacer en estas circunstancias, después de maldecir la incontinencia de la sociedad, que es tanta, que nunca hay bastantes medios para sostener las víctimas de sus desórdenes? ¿Cómo se ha de gobernar el Jueves Santo el hombre que no tiene recursos cuando inexorablemente ha de corresponder á las invitaciones de tantas y tan lindas señoras como le han dispensado sus atenciones en todo el año? Lo menos que puede hacer, es contribuir con la cuota mas pequeña; y cuenta, que la cuota mas pequeña es un napoleon!!!

Contra esta plaga de invitaciones hay un remedio, el remedio heroico de los grandes males. ¡La emigracion!

Muchos se van á pasar la Semana Santa á Toledo ó á Sevilla, y tambien al Escorial, con lo que de seguro ganan dinero ademas de pagar los gastos del viaje. Otros no pueden pagar estos gastos, y parodian las costumbres de los lores pobres de Inglaterra, que en cierta estacion del año, cierran herméticamente las ventanas y puertas de su casa y se refugian en lo interior de ellas, como los monjes de la Tebaida, para aparentar que se hallan en sus casas de campo. Aquí algunos desgraciados se encierran entre las cuatro paredes de su casa, desde el Domingo de Ramos, y no salen hasta que las campanas, mudas estos dias, han tocado á gloria, y la iglesia rasgando sus vestiduras de luto, lanza el alegre *aleluya*.

Otros hay tan impertérritos, que ni emigran, ni se encastellan en sus casas, y aunque resueltos á no pagar el impuesto de la cuestacion de Semana Santa, tienen gran curiosidad de ver cómo está la señora tal ó cual, si ha sacado mucho ó poco: estos son grandes tácticos: hacen en el templo varios movimientos estratégicos para ver y no ser vistos, procurando ponerse siempre fuera del tiro del cañon de la plaza, es decir, fuera del alcance del ojo de la señora que pide, mas listo que el de un carabinero de costas y fronteras en su atalaya avistando un alijo. — Alguna vez no les sirve su táctica, han sido descubiertos, y un repiqueteo sobre la bandeja dado con un duro, advierte á los torpes que no hay fuga posible, y entonces con tardo y perezoso paso se acercan y tienen que trocar un napoleon por

una amable sonrisa, y un Dios se lo pague, que de seguro no pagará el Señor que conoce á fondo la espontaneidad y voluntad de los mortales.

Si estos son los trabajos de la cuestacion de Semana Santa para los que tienen poco dinero, no dejan de tener trabajo y no flojo los *felices de la tierra* á quienes les ha sonreído la fortuna. El dinero para ellos es poca cosa: ¡tienen tanto!.... Pero examinemos sus fatigas. Hombre hay cuyos piés, acostumbrados á descansar en la mullida alfombra de una elegante berlina ó carretela, no ha pisado el maldito empedrado de Madrid. Pues bien, ese opulento señor hace en este día por amor, no de Dios, sino de las lindas y elegantes peticionarias de la inclusa, ejercicio para todo el año. Lo galante, lo cortés es el llevar personalmente la ofrenda, el mandarla por un dependiente ó un lacayo es de mal tono, prosaico, y sobre todo poco lisonjero á la señora.

El que tiene que acudir casi á unas mismas horas á la parroquia de S. José en la calle de Alcalá, á la de S. Marcos, á la de S. Sebastian y á la de Santa María, y la Encarnacion, aristocrática parroquia de palacio, ya puede decir que ha hecho un curso de andarín. Si tiene obesidad, calidad casi inseparable de una gran fortuna, y en vez de un Jueves Santo hubiera algunos mas en el año, de seguro lograria volver á ver esbelto y flexible su abultado talle.

En las mesas petitorias sucede lo que en todas las cosas del mundo. Decian los antiguos: *Habent sua sidera lites*. Cada parroquia tiene su estrella, su época. Parroquia hay donde apenas van algunos modestos bienhechores de la inclusa. Otras en que se apiñan, agolpan y se precipitan á depositar su ofrenda, que algunos por cierto necesitarán tanto ó mas que el establecimiento que van á socorrer, y á mendigar una sonrisa, una mirada de la señora que allí los atrae, porque su marido es una de las influencias de la época.

Hace pocos años S. Sebastian y S. Marcos presentaban mayores sumas para el socorro de la inclusa. ¡Hoy eclipsará á las demas mesas de las parroquias la de S. José!!!.....

En fin, gracias á la caridad, gracias á la filantropía, aunque tan diferentes entre sí, y sobre todo gracias al celo de la asociacion bienhechora de las damas de la inclusa, el bien se habrá hecho, y un establecimiento tan útil como el de los niños expósitos, podrá tener un ligero respiro en sus ahogos.

Las señoras tendrán materia de conversacion para dos dias en sus sociedades, y para reconvenir y dar gracias á sus adoradores y amigos.

Este es el cuadro de la cuestacion para la inclusa del Jueves Santo en Madrid.

Si no está bien dibujado, si no es tan entretenido como debiera, pues el asunto lo merece, tendrá la culpa, lector amigo, tu atento servidor

JOSÉ MUÑOZ Y GABIRIA.

JESUS EN EL CALVARIO.

HIMNO SAGRADO.

¡Oh cruz, escala mística!
Jacob te vió entre sueños:
por tí nos traen los ángeles
mensajes halagüeños;
por tí van los espíritus
al trono del Señor.

Tú acallas el estrépito
de la sañuda guerra,
que al cielo hizo sacrilega
y contumaz la tierra;
ya con estrecho vínculo
juntas el amor.

Nuestra historia en dos árboles

se representa escrita:
bajo uno cae sin hálito,
sobre otro resucita
limpia de vicio y mácula
toda la humanidad:
allí engañosa víbora
nos roba el paraíso;
aquí sagrada víctima
sacrificarse quiso,
y al cielo por el Gólgota
nos lleva su bondad.

Dos mujeres el símbolo
son de muerte y victoria;
una en valle de lágrimas
torna el verjel de gloria,
otra muda benéfica
las tinieblas en luz:

Eva, madre de frágiles,
dicha y candor empaña;
María es flor de vírgenes
y fruto de su entraña
el que rige el empireo
y agoniza en la cruz.

Venid los que decrepitos
Abandonais la vida;
venid los tristes huérfanos,
á goces os convida
el Dios del Paralítico,
el Padre celestial:
venid, si os dañan úlceras
el afligido pecho,
los que vestís de púrpura,
los que dormís sin lecho;
aquí teneis de bálsamo
fecundo manantial.

¿Hubo en campiñas fértiles
tronco de mas verdores?
¿Dieron sus tiernos vástagos
mas olorosas flores?
¿Se cuajó entre sus cálices
fruto de mas virtud?

Gustémoslo y de súbito,
libres de aciaga pena,
seremos como náufragos
que, sobre playa amena,
truecan la angustia en júbilo,
la zozobra en quietud.

Ved, tesoro de lástima
nuestro Dios enclavado
los brazos tiende, y bríndanos
allí contra el pecado
escudo y contra el réprobo
dominio de Satán.

A los terribles ímpetus
de mundanas pasiones,
¿cómo ceder frenéticos
si atrae los corazones
ese leño santísimo
mas que al hierro el iman.

Ved, allí pende exánime
Jesus por darnos vida:
de su Padre la cólera
sufre, porque, extinguida,
sendas nos lleven fáciles
al eternal verjel.

Inmolándose el cándido
cordero nos perdona,
y es, por ajenos crímenes,
De espinas su corona,
y su trono el patíbulo,
y su regalo hiel.

Ved esas puntas férreas
sus carnes taladrando:
con palabras irónicas
su martirio insultando,
torpes lenguas como áspides
aun le traspasan mas.

¡Oh cuánto su amor íntimo
las potencias embarga!
Todos nuestros escándalos
sobre sus hombros carga,
y su piedad ingénita
No se agota jamás.

De toda culpa es túmulo
ese tronco lozano;
de salvación es áncora
y enseña del cristiano;
allí derrama gérmenes
Jesus de bendición.

Benigno con sus bárbaros
verdugos se nos muestra:
á su Madre purísima
declara Madre nuestra:
oyendo humilde súplica,
salvo hace al Buen Ladron.

Por sus divinos méritos
Toda mancha se borra:
fervorosos pidámosle
que blando nos acorra
á la hora en que su tránsito
consumándose está.

¡Ay! ved cómo la atmósfera
se entolda y se ennegrece,
y se desata el ábrego.
y el mundo se estremece,
y aun las piedras quebrántanse....
¡ay! ¡Quién resiste ya!

Señor, ninguna rémora
mi paso ya detiene;
del Calvario una ráfaga
á iluminarme viene;
vos sois Pastor solícito,
oveja huida fui.

Ya del redil ampárome
y á vuestros pies me postro:
dolor traigo en el ánima,
llanto surca mi rostro,
voz os dirijo trémulo....
¡tened piedad de mí!

ANTONIO FERRER DEL RIO.

ANÉCDOTAS HISTÓRICAS

entresacadas de un manuscrito anónimo del siglo XVI.

DIEGO BELTRAN DE LA CUEVA.

Diego de la Cueva, natural de Baeza, fué padre de D. Beltran de la Cueva, maestro de Santiago, conde de Ledesma, y duque de Albuquerque, y aunque tenia hijo tan gran señor, no quiso

mudar el traje que solia traer, que era un capuz de buriel; queriendo probar si lo desconocería su hijo, vino á la corte, donde estaba, y así con su toca de camino y capuz largo se fué á la posada de su hijo, que entonces estaba en palacio, é informado quién era, el camarero del maestre le habló, y dijo que ¡el padre del maestre! y aunque le miraba de mal rostro por la honra de su señor, porque no le viesen en aquel hábito, desautorizado le metió en la recámara en lo mas escondido, y dejándolo allí, fuése á su amo, y como estaba con el rey, aunque le envió á llamar no quiso salir, hasta que de importunado salió, y el camarero le dió parte de lo que pasaba, y como hombre cuerdo díjole: que se fuese que luego iría, y desde á poco fué á su posada y reconociendo á su padre le besó la mano, y á otro día convidó á comer á todos los grandes de la corte, é hizo poner una silla muy ruin, y asentados todos hizo salir á su padre, y le hizo sentar en aquella silla y dijo á aquellos señores que aquel era su padre y estaba vestido del hábito en que habia venido; y ese mismo día estando el rey en visperas en una iglesia, le llamó para que le besase la mano, y otro día le puso casa como á un señor con todos sus aderezos y oficiales y entonces mudó el hábito en que habia venido.

EL REY CATÓLICO.

El rey Católico D. Fernando, fué herido de una cuchillada en Barcelona que le dió un loco, diciendo que muerto el rey habia él de ser rey, trajo muchos días una espada con media vaina cubierta de un papel negro que parecia toda una, corona de papel en el gorro. Dió un golpe grande al rey que le derribó y cayendo el rey dijo: *á mí y por qué*, y luego mandó á los de la guarda que no le matasen. Guarecióle para que no le cortase la cabeza un collar de un jubon de brocado que traía y una cadena de oro. Habiendo curado los cirujanos al rey y dándole ciertos puntos en la herida, parece que de turbados quedaron unos poquitos de cabellos dentro en la herida y el rey estaba cada dia peor, visto esto un gran cirujano, que allí vino, determinó de le cortar los puntos de la herida, y uniéndosela mandó traer unas hormigas, y puestas de cabeza sobre la herida, como mordían cortábales los cuerpos, y quedaban las cabezas, y así, con las veinte hormigas le tomó la herida y en medio día estuvo junta y así sanó: en el trance de la herida, mostró la Reina Católica gran corazon y prudencia, y sin mostrar flaqueza alguna, estuvo presente y puso todo lo necesario, y acabado se retrajo y comenzó á llorar como mujer, dejando á la naturaleza hacer su oficio. En el arco de Málaga se escribe que salió un moro que decian santo, y quiso matar al rey.

La riqueza es á la virtud, lo que el bagaje á los ejércitos; una cosa muy necesaria, pero que embaraza las marchas y estorba para vencer.

BACON.

Un discurso que conmueve á oyentes de distinta edad, sexo, estado y educacion, es como una llave con la que se abren todas las cerraduras.

PETIT-SEENER.

Los poetas son como los pájaros, cualquier ruido les hace cantar.

CHATEAUBRIAND.

La amistad conserva la pureza del alma, y la guia á la inmortalidad.

ECCLESIASTÉS.

La causa principal de los sufrimientos de un pueblo consiste en su debilidad intelectual y moral.

PASSY.

La historia no es útil porque se lee lo pasado, sino porque se lee el porvenir.

SAY.



Tabita había escuchado el último suspiro y la postrera imprecación de Gamul.

TABITA.

NOVELA RELIGIOSA.

¡Hija de los cielos! ¡hermana de los ángeles! ¡musa que inspiraste al tierno cantor de Eudoro y Cimodocea! Tú, que moras en las alturas eternas adornada con la brillante estola de la inocencia, descende á mí en el día de la realización de las misericordias del Altísimo; descende á mí, como el rocío que llenaba de perlas la rubia cabellera de la esposa en los pensiles de Salomón, como la brisa que encendió lenguas de fuego sobre las frentes de los elegidos de Dios en el Cenáculo santo. No me inicies hoy sino en aquellos de tus misterios encantadores que tengan alguna relación con el inefable misterio de la salud humana, recordado con especialidad en este día por todos los que sintieron bañada su frente con el agua vivificante.

No lejos de la ciudad de David, y hacia la parte por donde el sol se manifiesta cuando el ángel de la mañana le ha preparado sus brillantes caminos, se veía, diez y ocho siglos hace, una pequeña población que parecía reclinada blandamente en la falda de una graciosa colina. Esta población era Beta-

nia; y dijérase que el monte Olivete estaba sosteniendo sobre ella, como un amante para guardar el sueño de su querida, gracioso pabellón de pintadas flores. Tal era el aspecto que formaban los olivos, las palmeras, los sicomoros y abedules de su cumbre, con enlazadas vides y rosales silvestres, proyectando su sombra, á los primeros fulgores del astro rey, sobre la adormida aldea. En ella moraba Tabita; Tabita, ejemplo de la mujer fuerte que el libro de los Proverbios nos describe; Tabita, que mostraba en su frente todavía el sol de la juventud, y sin embargo, en sus mejillas aparecían mustias ya, si no de todo punto agostadas, las rosas de la belleza. Frisaría á duras penas con los seis lustros, y aunque era esposa y madre, el velo de las viudas aprisionaba los rizos de azabache de su luciente cabellera. Sus negros y hermosos ojos estaban avezados á mirar al cielo con una expresión de tristeza indefinible, ó á brillar un momento (como el relámpago que nace en el alquilon, y muere al tiempo mismo en el austro) para dirigirse á lo alto, acompañar hasta allí un suspiro, y cubrirse de lágrimas: sus labios se comprimían de vez en cuando como si quisieran saborear el cáliz de amargura que al parecer apuraba; y su túnica de lino, blanca y

sin mancilla, como la cumbre nevada del Carmelo al nacer una de las auroras del *Thebet* (1), flotaba desceñida con gracioso descuido, y dejaba apenas adivinar que cubría un talle flexible y esbelto como las palmas de la Idumea.

¡Pobre flor! El jardinero que debe cultivarla no se cura de ella, ni del capullo lindísimo que á su lado crece: Abed, niño de doce años, que ha apartado de Tabita la ignominia de la esterilidad. Gamul, su padre, háse olvidado de la joya que debió al cielo para ornamento tal vez de su casa, y embriagado con el vino de la distraccion, anda errante, como el jacal por las orillas de los torrentes. Abed há ya dias que no ha recibido una caricia de su padre: Tabita há ya dias que no se ha oido llamar esposa; por eso sus labios se compriman de vez en cuando como si quisiera saborear el cáliz de amargura que al parecer apuraba.

¿Qué espíritu del abismo pudo ofuscar la razon de Gamul, y apartarle de la senda de felicidad que su morada le ofrecia, desde que los mancebos y las vírgenes cantaron por siete dias en ella las glorias que le esperaban por sus desposorios con Tabita? ¿Quién le convirtió de tierno amante en desabrido é indiferente, de natural y sencillo en reservado é hipócrita, de padre solícito en padastro desamorado, de esposo venturoso de Tabita en esposo que ocasiona sus tristezas? Uno de los mas perniciosos demonios de las profundidades infernales; peor que la ambicion, peor que la vanidad, y el orgullo, y el odio y el fanatismo, porque es todo junto; el ánsia, en fin, de mando público, la *politica*; ese vértigo, esa enfermedad del alma que le arranca á veces sus mejores afecciones, destruye sus mas dulces sentimientos, desvía sus mas rectas tendencias, apaga sus goces mas vivos. Ella descarrió á Gamul, tan feliz con su mujer y su hijo, cuando imprimiendo un beso en la frente de los dos, se levantaba con la aurora para ir á cultivar su campo, envidia de los ricos de Betania: ella manchó la túnica de felicidad con que se vió adornada Tabita por muchos años, cuando al dorar el sol los romeros de las colinas de Thamna, veía llegar al padre de su hijo que le traía la primer flor de la primavera, la primer espiga del verano, el racimo primero del otoño. Pero un dia en que Gamul habia ido á Jerusalem, con ánimo de vender á mercaderes de Tiro las dos mas hermosas becerrillas de su ganado, encontró al entrar en la ciudad por la puerta del Valle de las Aguas dos ancianos que trabaron conversacion con él, y le acariciaron y obsequiaron en gran manera y por súbita simpatía al parecer, aunque ya le conocian sin saberlo él, y disimulándolo ellos, á quienes mezquinos cálculos é interesadas miras impulsaban á tan afectuosas demostraciones. En resolucion, Gamul volvió á Jerusalem un dia y otro dia, y vió á los dos ancianos una vez y otra vez; y entre tanto sintió Tabita irse apagando poco á poco la luz de su contentamiento, del mismo modo que la lámpara de su morada al consumirse el aceite que le daba la vida. Hacia tres años que no era dichosa: hacia tres años que su marido estaba afiliado en la hipócrita secta de los *fariseos*.

En la ocasion á que nos referimos, Gamul habia ido tambien á Jerusalem, alegando un pretexto frívolo para abandonar su casa, y habiendo prometido á su mujer que volveria en breve por ella y por el niño, á fin de concurrir juntos, cumpliendo con la ley, á celebrar la Pascua que se acercaba á toda prisa, y comer en los átrios del templo de la ciudad santa el misterioso cordero, segun las órdenes de Moisés. Era la noche que precedia á la víspera de la romería indispensable; las vírgenes y los jóvenes de Betania habian abandonado la poblacion, acompañados del címbalo y del pandero, á cuyos alegres sonidos mezclaban sus voces, entonando los salmos con que Asaph y los hijos de Coré celebraron las maravillas del Eterno; las madres habian ya salido llevando á sus hijos de la mano, ó defendiendo á los mas pequeños de las auras matinales de marzo, abrigándolos contra el pecho, y envolviéndolos con las extremidades de sus mantos; los ancianos habian ido en pos, apoyados en sus báculos de cedro; y

los pastores se habian dirigido á la capital de la Judea saltando por atajos y vericuetos, como los cabritillos de sus ganados. Desierta apareció Betania; á la indecisa luz de las estrellas que tachonaban las alturas del cielo, no se veía ni la sombra mas leve divagando por sus calles; solo por entre las celosías de las ventanas de Tabita se escapaban algunos rasgos de una claridad temblorosa, prontos á desaparecer con los primeros fulgores del alba que no podia tardar. En efecto, el primer canto del gallo sacó bien pronto á la madre de Abed de la especie de estupor con que velaba al lado de su adormecido niño, sentada sobre un cogin.

— ¡Oh, Dios mio! no puedo mas, — dijo levantándose impaciente, corriendo á la ventana y abriendo con ímpetu de par en par las celosías. Miró á un lado y otro, y sin duda que no vió llegar al que esperaba su alma, porque en el instante dejó escapar un suspiro. Paró atentísimo oído por unos momentos, y escuchando solo muy á lo lejos el cantar de la codorniz madrugadora, comprimió suavemente los labios uno contra otro, levantó los ojos al cielo, llevó en seguida su mano izquierda al corazon como para apretarle, y con la derecha asió los bordes de su flotante y nevada túnica, y cubrióse el rostro como enjugando una lágrima.

— No (dijo despues de un ademan de resolucion); no quiero, no puedo, no debo esperar mas. Me engañará como me está engañando hace tanto tiempo; faltará á su promesa de venir para llevarme con ese inocente á la festividad de la Pascua.... ¡Y yo que he nacido entre las hijas de Sion, faltaré por débiles consideraciones á tan santo deber en tan solemne dia! ¿Qué mas hicieran las hijas de los incircuncisos? ¡Oh! No será. Abed, Abed, hijo mio, despierta, levántate....

Y el niño se levantó radiante de alegría y de belleza, como el lucero de la mañana que aparecia al mismo tiempo sobre la cumbre del monte de las Olivas, trayendo una de las alboradas mas hermosas que suele regalar á la Palestina el equinoccio de las flores.

— ¡Hijo mio! ¡mi consuelo!.... ¡qué hermoso eres! — dijo la madre recibiendo en sus brazos, dándole un beso en la frente, y aliniándole los blondos rizos de su rubia cabellera, que partida á un lado y otro caía sobre su cuello de alabastro, con mas gracia que los caireles de oro de los pontífices de Israel sobre la blanca túnica, en el dia de las festividades del templo.

— ¿Y mi padre? — preguntó Abed con inocencia infantil. Tabita no pudo reprimir otro suspiro. — ¿No me dijiste (continuó), no me dijiste en la vigilia vespertina, antes de que el sueño cerrase mis párpados, que al despertar le encontraria á mi lado para ir á comer del corderillo escogido y de la lechuga silvestre?

— Sí.... pero tu padre no ha venido.

— ¿Quién le detiene?

Tan sencilla interrogacion despertó de pronto y por primera vez en el alma de la esposa de Gamul una sospecha terrible. Faltaba que el pasador de los celos hiriese su corazon; y la súbita palidez que apareció en sus mejillas, y el fulgor que despidieron sus ojos quedando fijos en Abed por unos momentos, indicaban que habia sentido ya las primeras punzadas de tan funesta gúmfia. Volvióse precipitadamente, tomó una ropa que doblada estaba encima de una mesa de cedro, y entregándosela á su hijo exclamó con acentos entrecortados:

— Pronto, Abed, pronto.... Vístete esa túnica de lana de Bether que te prepararon mis manos para este dia.... y vámonos.

— ¿A dónde?

— A Jerusalem.

— ¿Sin esperar?....

— Sí, sí; sin esperar: allí le encontraremos.... allí le sorprenderemos.... allí lo sabremos todo.

Y Abed saltaba por el aposento con alegría infantil, riendo sin poderse contener, desdoblado su flamante vestidura, y diciendo como si hablara consigo mismo:

— Allí le encontraremos, como los hijos de Jacob encontra-

(1) Diciembre entre los hebreos.

ron á su hermano José en la corte de Faraon..... Tú me contaste esa historia, madre mia.....

— O como el profeta Natan encontró á David despues de la muerte de Urías, añadió Tabita por lo bajo, y procurando reprimir su agitacion.

— Y me pareceré á Benjamin, cuando reciba las caricias de mi padre despues de ocho dias de ausencia..... y.....

Tabita no escuchó mas. Salió del aposento apresurada, ó con desigño de tomar algunos óbolos para la súbita partida, ó (lo que creemos mejor) para que su hijo no viera el llanto que la infeliz tenia apremiante necesidad de verter. Abed continuó vistiéndose con indecible contento su nueva túnica de lana de Bether, y aun no habia acabado de mirar el efecto que hacia sobre su delicado talle, cuando volvió Tabita trayendo un pan (*principio de la vida del hombre*, como dice el Eclesiástico) y un tarrillo de miel de Engadi con que le endulzó, le entregó á su hijo, y salieron de su casa, y á poco de la preciosa aldea, al mismo tiempo que el sol de las apartadas regiones que acababa de visitar.

¿A quién los compararé cuando descendian de las colinas de Betania, cuando pasaban por debajo de las palmeras, agitadas suavemente por el aura de la mañana, cuando vadeaban el torrente Cedron para entrar en el valle de Josafat, y vencer despues la cuesta de la pomposa Solima? Si la pluma en mi mano fuera como el pincel en las del inspirado artista, pintaria á Tabita como Esquivel nos ha representado á Agar reprochada por Abraham, llevando de la mano á su hijo, y caminando llorosa á la tierra de proscripción; y dibujaria á Abed conducido por su madre y con el pan bajo del brazo, del mismo modo que nos ha hecho ver á Ismael en el precioso lienzo á que aludimos.

Tabita caminaba con una precipitacion tal, que hacia correr á su hijo; pero, cerca ya de la ciudad, paróse de repente viendo el camino cubierto de ramas de palma y oliva que, aun no del todo mustias, indicaban al parecer que pocos dias antes habia hecho su entrada triunfal en Jerusalem algun famoso conquistador. La esposa de Gamul recordó entonces lo que la fama acababa de esparcir por todos los pueblos circunvecinos: le pareció escuchar aun los gritos de entusiasmo del pueblo judío, y el *Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor*; y como herida de súbita inspiracion, empezó á abrazar y á besar á su niño, quien sorprendido con tales demostraciones y rendido con el precipitado viaje, apenas podia respirar ni articular una frase para saber el motivo de tan repentina alegría, cuando Tabita exclamó levantando los ojos al cielo:

— Gracias, Dios de mis padres, gracias. Tú has conducido mis pasos: tú has tenido compasion de tu sierva: tú has escuchado el clamor de mi alma: tú vas á darme la felicidad en este día. Gracias: bendito seas.

Y acariciando á Abed:

— ¿Te acuerdas, hijo mio, prosiguió; te acuerdas que hará un año, cuando sonaban las trompetas anunciando la *neomenia*, viniste conmigo tambien á esa santa ciudad, y recibiste tantas caricias, tantos halagos de aquel enviado de Dios, de aquel profeta, de aquel que decia á las madres con sin igual ducedumbre: *Dejad que los pequeñuelos vengan á mí*?

Abed miraba fijamente á su madre como procurando recordar, y callaba: Tabita proseguia:

— ¿Te acuerdas que curaba á los leprosos, daba vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos, y vida á los muertos, y alegría á los tristes, y consuelo á los pobres, y pan á los hambrientos? ¿Te acuerdas?.....

— ¡El Hijo del hombre! ¡Jesus de Nazareth!

— ¡El! ¡el mismo!

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! Hace buenos á los malos, entre los milagros que hace: vuelve al redil la ovejilla descarriada: nos volverá un padre á tí y un esposo á mí.

Su voz es irresistible: su voz detendria el curso del Jordan, arrastraria los montes de la Judea, haria callar al trueno que hubiera empezado á rugir.

El niño principiaba á confundirse.

Yo le buscaré: yo le veré: yo le diré: *Rabbi*, haz que Gamul torne á ser lo que fué para mí siempre. Señor, dile que se aparte de las vias de la impiedad y no seguirá en ellas. Señor, dame la felicidad en este día.

Dijo: y tomando otra vez la mano del pequeñuelo, avanzó hácia la ciudad, que muy cerca se mostraba no ya como Agar cuando marchaba por el desierto, sino como Judith cuando volvia vencedora á Betulia, irradiando en su frente la hermosa luz de la esperanza y del contento. ¡Cuán fácilmente se deja arrastrar el corazon humano por las ideas que le son gratas ó que le prometen consuelos si, como Tabita, padece! Tan embebecida caminaba esta, que no vió á un anciano de calva y respetable frente, el cual, con los ojos llorosos, pasó por su lado; ni le oyó exclamar casi al mismo tiempo entre profundos suspiros: — ¡Pedro, Pedro! ¿Qué es lo que hiciste? Te has cubierto de oprobio: ¡cobarde! ¿Tendrás ahora bastantes lágrimas para llorar tu pecado?..... ¡Ah! — Ni reparó tampoco en el terrible estremecimiento con que el mismo anciano vaciló de repente en medio del enramado camino de Betania, como si el canto de un gallo que se escuchó en las cercanías hubiera sido la punta de una flecha clavada de repente y en aquel mismo instante en medio de su corazon. Tabita adelanta algunos pasos mas, absorta en sus proyectos y en sus meditaciones, cuando se encuentra ya en la puerta de la ciudad de David. Miró y vió desiertos los bancos de piedra del tribunal en que los ancianos de Israel hacian justicia al pueblo: miró y vió cerradas las tiendas de los artifices, negociadores y comerciantes: miró y no vió á los hijos de Betagla, de Rama, ni de Emaus, que solian vender palomas y corderillos para los dias de los *ácimos*: miró y solamente se encontraron sus ojos con la adusta faz de un soldado del pretorio, que con brusco ademán, hiriendo el suelo con el cuento de su lanza, y en lengua medio hebrea y medio latina:

— Adelante, dijo: adelante. No es permitido pararse hoy, ni esperar, ni observar.....

— Pero, ¿qué sucede?.....

— ¡Adelante, hebrea! ó juro por los dioses del imperio, y por el mismo Hércules.....

Antes de que el soldado romano acabase de hablar, estaban ya distantes de él la madre y el hijo, asustado y temeroso este, sorprendida aquella, que no habia entendido mas que las dos primeras palabras del guerrero. Principiaron á caminar por las calles de la ciudad, con ánimo de dirigirse á los átrios del templo, donde Tabita esperaba encontrar entonces á Gamul, ó cuando menos á María la de Magdalo, amiga íntima del profeta de quien tanto esperaba nuestra heroína, la cual habia trabado alguna amistad con aquella pocos dias antes en Betania, donde supo lo que en casa de Simon *el leproso* habia hecho la Magdalena con Jesus. Pero al cruzar las calles desiertas, al ver cerradas las casas, que por costumbre y ley debian en aquellos dias estar francas para todo forastero judío, Tabita añadió una zozobra mas á las zozobras de su espíritu, y principió á temblar como la hoja en el árbol! Llegaba ya á la via de los Caballos é iba á subir la cuesta del templo, cuando una súbita gritería que se escuchó hácia Occidente, le indicó que toda Jerusalem se encontraba en los átrios del *Gabbatha*, ó palacio del pretorio, y dirigióse por la calle de Benjamin. A poco sintió gente que llegaba corriendo, apartóse á un lado con Abed, y dejó pasar una turba armada con palos, y en la mas completa embriaguez, segun coligió por las cortadas palabras que pudieron llegar á sus oídos.

— El vino me ha vuelto las fuerzas que agoté azotando al rey de farsa. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!.....

— Corramos, que ya debe ir á morir.....

— Pero, ¡qué! nadie tan decidido como Gamul el de Betania.....

— Gamul es el mas digno fariseo.....

— ¡Hosanna á Gamul!

Indescrible es el estado en que quedó Tabita cuando pasó aquella gente desalmada. Ya no podia dudar: su esposo estaba con ellos; su esposo era uno de sus jefes; su esposo, beodo tam-

bien, se había olvidado de ella y de su hijo, y.... ¡pobre corazón humano! Tabita se alegraba de que solo el vino hubiera sido causa de la indiferencia de Gamul. ¡Pobre Tabita! Maquinalmente siguió las huellas de los alborotadores, y al desembocar de una calle, encontró la inmensa multitud de Jerusalem que se estrechaba, se empujaba, se comprimía, cedia ó avanzaba como las olas del mar en un día de tormenta. Tabita iba á preguntar á unos samaritanos que estaban á su lado; pero una oleada de la multitud la apartó de aquel sitio juntamente con Abed, y no le dejó que hablase. De repente mira alzarse tremebundo clamoreo; ve que todas las frentes se vuelven hácia el punto mismo, como las ramas de los sauces impelidas por el viento del mediodía; oye el ronco sonido de las trompas, mezclado con las imprecaciones y blasfemias de los mas, con los suspiros de los menos, con los gritos de casi todos; distingue los estandartes del imperio, las águilas de las legiones, las picas de los soldados, los palos de los judíos dementes; y sin saber dónde estaba, ni si lo que veía era ensueño, se dirige á tres ó cuatro doncellas que la casualidad había puesto á su lado, y les dice:

— ¡Virgenes de Sion! yo os conjuro por lo que mas queráis: ¿qué es esto?

— ¡Mirad al infeliz, mirad como le llevan.... á morir!....

Y mostrando con el dedo al *Hijo del Hombre*, del que apenas quedada la figura, y que ensangrentado, coronado de espinas, jadeando, herido, escarnecido, martirizado, llegaba en medio de todo aquel aparato diabólico, conduciendo sobre sus hombros la pesada cruz en que debía espirar.

— ¡Mi esperanza!.... — clamó Tabita.

— ¡Desgraciado! dijeron sus compañeras. Y una y otras empezaron á llorar amargamente. Jesus las vió, y derramando sobre ellas con una mirada inefable toda la caridad que no pudieran abrigar las legiones reunidas de los mismos ángeles del Señor, les dirigió la voz, aquella voz á cuyos ecos se inflamó el sol en los espacios de la inmensidad; mugieron las olas del mar sin traspasar su débil valla de arena; se vistió la tierra su hermoso manto de flores, como una esposa para aguardar á su esposo; y las aveillas cantaron, y saltaron los cabritillos, y el hombre sintió latir su corazón, y levantó su frente coronada de resplandores por la primera vez como rey de la naturaleza. ¡Bondad divina! Aquella voz que había dicho á Lázaro, enterrado de tres días, *levántate*; y á cuyos ecos se había Lázaro levantado; aquella voz que hubiera podido disipar los verdugos, como el huracán las mas livianas aristas, sonaba solo para derramar consuelos, diciendo á Tabita y á las que estaban á su lado:

— Hijas de Jerusalem, no lloreis por mí: llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos.

— Pero ¡Dios mío! ¿qué es lo que ha visto Tabita, que de repente se han secado las lágrimas de sus ojos, ha abandonado la mano de su hijo, ha lanzado un grito de dolor, venciendo los gritos de rabia y de maldición de los judíos, y ha caído desmayada en brazos de las doncellas? ¡Oh! ya ha visto, ya ha encontrado á su esposo: un fariseo cubierto de polvo, bañado en sudor, manchado con la sangre del justo, blasfemando, maldiciendo, tirando con toda su fuerza de las cuerdas con que iba atado el Santo de Israel, es Gamul, Gamul el de Betania, Gamul consorte de Tabita y padre de Abed, Gamul ebrio de vino, de iniquidad y de córaje.

Cuando la infeliz israelita volvió en sí, merced á los cuidados de las *hijas de Jerusalem* que no la habían abandonado, ya estaba la calle enteramente desierta, había pasado la infernal comitiva, y solo se escuchaba un confuso rumor, como si estuviera cercano el mar, y mugiesen las olas despues de una deshecha borrasca. Abed lloraba y decía:

— Madre, despierta, despiértate.

Y Tabita abrió los ojos desencajados, abrazó á su hijo sin derramar una lágrima, mostró su gratitud á las piadosas mujeres inclinando la cabeza, y les dió á entender por señas que ya no necesitaba su socorro. Estas partieron. Tabita no sabía que hacer, no podía pensar, estaba tambien embriagada, pero de do-

lor; pero con el vino de la tribulacion, cuya copa no se apartaba de sus labios. De repente cree que le falta la luz de sus ojos, pasa la mano por ellos, mas no estaba en ellos la causa. Seria como la *hora nona*, y el sol se apaga: la luna se muestra en el cielo como un ancho escudo de sangre: la tierra tiembla, las piedras se chocan, rásase el velo del templo, huyen graznando las aves de las tinieblas, ladran los jacaes, el orbe vacila, bramman los truenos, estallan los sepulcros, la creacion se hunde....

¡EL DIOS QUE SE HIZO HOMBRE ACABA DE MORIR CRUCIFICADO!!!

Tabita iba á desmayarse otra vez; Abed había escondido la frente en el regazo de su madre, cuando de entre un grupo de foragidos que volvía del *Golgotha*, riñendo desafortadamente sobre la legalidad de una suerte echada para la adjudicacion de una *túnica inconsútil*, partió quejido de muerte: Un samaritano acababa de matar á un fariseo en medio de la disputa. Tabita había escuchado el último suspiro y la postrera imprecacion de Gamul.

¡Oh desgraciada, mil veces desgraciada Tabita! ¿Moriría tambien de dolor y desesperacion? No, no; ella había pedido al Señor la *felicidad en aquel día*, y el Señor había escuchado su plegaria: ella había exclamado al ver á Jesus: «¡Mi esperanza!» y no se pudo engañar. Jesucristo habíale dirigido la palabra en el día de la redención, y un rayo de la gracia divina bajaría con los ecos de aquella palabra hasta el corazón de Tabita. ¿Abrazaría la religion de los tristes y de los que lloran? Hay quien cree que trasladó á Jope su residencia; y no sabemos si seria esta misma Tabita la viuda cristiana que S. Pedro resucitó yendo á Lidia, como leemos en los *Hechos de los apóstoles*. Lo que aseguramos es que Tabita fue cristiana; de otro modo no hubiera resistido sus males: hubiera muerto ó se hubiera vuelto loca.

JOAQUÍN JOSÉ CERVINO.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VUETA DE PALACIOS.